Guerra a' la

guerra.

GUERRA Á LA GUERRA.

GUERRA
Á LA GUERRA

DOLORA DRAMÁTICA

ESCRITA

POR

D. RAMON DE CAMPOAMOR.

Representada en el Teatro Español el 3 de Noviembre de 1870.

MADRID: 1870.

PERSONAJES.	ACTORES.
Víctor, (soldado francés, cojo). . .	D. Manuel Catalina.
Enrique, (soldado prusiano, manco)	D. Francisco Oltra.

Imprenta de D. C. Frontaura, Independencia, 2.

LUGAR DE LA ESCENA.

Vista de una campiña próxima á una ciudad sitiada.—Víctor, soldado francés, aparece con los dos piés vendados, sentado encima de una piedra, sobre el borde de un rio.—Al levantarse el telon se oye el estruendo de una batalla cuyo ruido vá decreciendo poco á poco, aunque durante la representacion no se extinguirá del todo. —Sale despues Enrique de soldado prusiano, sin manos y con unas vendas mal atadas.

VÍCTOR. Vinieron los sarracenos
y nos molieron á palos;
que Dios proteje á los malos
cuando son mas que los buenos.
ENRIQ. Un francés cojo está allí.
VÍCTOR. Calle, un aleman sin manos.
ENRIQ. Mal ha...
VÍCTOR. Todos los hulanos
quisiera verlos así.
ENRIQ. ¡Qué ruido!
VÍCTOR. ¡Qué cañonazos!
¡Tengo en los piés un dolor!
ENRIQ. ¡Es sublime este rumor!..

¡Cómo me duelen los brazos!

VÍCTOR. Ya inútil y sin caudal,
no sé dónde hallar sustento.

ENRIQ. De sobra en mi regimiento,
voy buscando un hospital.

VÍCTOR. ¡Qué horrores!

ENRIQ. Toda la tierra
parece que está impregnada
de ese olor de carne asada
con la pólvora en la guerra.

VÍCTOR. ¡Mas fuego!

ENRIQ. ¡Mas cañonazos!

VÍCTOR. ¡Cuándo cesarán, Dios mio!

VÍCTOR. ¡Ya casi va lleno el rio
de piés, cabezas y brazos.

ENRIQ. (Quejándose.) ¡Ay! ¡ay! Me voy á curar
antes que el francés entienda...

VÍCTOR. Ven, y te ataré esa venda,
que te vas á desangrar.

ENRIQ. ¡Nunca! ¡Jamás!

VÍCTOR. ¡Voto á tal!
Ven, y no tengas, prusiano,
la cabeza de un germano,
dura como un pedernal.

ENRIQ. Ser curado por un... ¡Oh!

VÍCTOR. Ven, ó te mueres.

ENRIQ. (Vacilando.) ¡Qué diablo!
Haremos lo que San Pablo
que amó lo que aborreció.

(Enrique se acerca, y Víctor le arregla las vendas.)

VÍCTOR. Ahora verás que un francés,
si es un francés verdadero,
hiere á los hombres primero
para curarlos despues.—
La venda está mal sujeta.—
¡Gran nacion es la prusiana!
ENRIQ. No vale la gloria humana
ni la sangre de un trompeta.
VÍCTOR. ¡Cuántos trenes de batir!...
¡Qué masas! y ¡qué cañones!...
ENRIQ. Sí. ¡Dichosas las naciones
cuya historia hace dormir!
VÍCTOR. Te encuentro de juicio lleno.
Bien. Ya está seguro el trapo.
ENRIQ. (Aparte.) Este francés es muy guapo.
VÍCTOR. (Aparte.) Este prusiano es muy bueno.
ENRIQ. Dame un abrazo (Víctor le abraza.)
VÍCTOR. Llegaste,
y ves que servido fuiste.
ENRIQ. Ama lo que aborreciste.
VÍCTOR. Tú aborrece lo que amaste.
ENRIQ. (Aparte.) Ejerce en mí un cierto imperio
este francés vanidoso.
VÍCTOR. (Aparte.) No es del todo fastidioso
este petulante en serio.
Díme, ¿tu nombre, cuál es?
ENRIQ. Enrique de Fastenrath
VÍCTOR. Y yo Víctor de Laussat.
ENRIQ. Soy aleman.
VÍCTOR. Soy francés.
¿Estareis de gozo llenos?

ENRIQ. Sí; tenemos la unidad.
VÍCTOR. Y eso, ¿os dará libertad?
ENRIQ. Libertad, no.
VÍCTOR. ¿Y manos?
ENRIQ. ¡Menos!
VÍCTOR. Pues ¿qué has ganado?
ENRIQ. Soy franco,
Lo que he ganado aún no sé.
VÍCTOR. Voy yo á decírtelo.
ENRIQ. ¿Qué?
VÍCTOR. Yo, ser cojo; y tú, ser manco.
ENRIQ. ¡Ay! Un cañon inclemente...
VÍCTOR. La guerra es cosa admirable;
siempre se apunta á un culpable,
y se mata á un inocente.
ENRIQ. Dios maldiga á esos Tiberios
que, del infierno al trasluz,
van jugando á cara ó cruz
la suerte de los imperios.
VÍCTOR. Amen.
ENRIQ. ¡Qué sed infernal!
VÍCTOR. Pues bebe; ahí tienes el rio.

(Enrique se inclina para beber, pero no puede.)

ENRIQ. ¿Y me he de bajar, Dios mio,
cual si fuese un animal?
VÍCTOR. No te impacientes, germano,
yo de beber te daré;
como Diógenes, te haré
una taza con la mano.

(Víctor le va alcanzando el agua á Enrique.)

RIQ. ¡Gracias! ¡gracias! ¡Maldicion!

¡Va rojo de sangre el rio!
¡Hoy todo es en torno mio
tristeza y desolacion!

VÍCTOR. Sigue, que con buena gana...
ENRIQ. ¡Si va el agua tan espesa!...
VÍCTOR. ¡La mitad, sangre francesa!
¡La otra mitad, alemana!
ENRIQ. ¡La sangre que lleva el rio
me hace dar diente con diente!
VÍCTOR. ¡Aunque se toque caliente,
la sangre siempre da frio!
ENRIQ. No quiero mas. El esófago
de ver sangre se me cierra.
VÍCTOR. Eso es hasta que la guerra
te convierta en antropófago.
ENRIQ. De una trajedia infernal
parece esa agua el espejo.
VÍCTOR. Confiesa que el mundo viejo
no estaba del todo mal.
ENRIQ. ¡Yo he perdido tanto bien!...
¡Era tan feliz!... y ahora...
VÍCTOR. ¿Tienes madre?
ENRIQ. Que me adora.
Y otra persona tambien.
VÍCTOR. Y esa persona, ¿es bonita?
ENRIQ. Blanca y rubia como el oro.
VÍCTOR. ¿Rubia? Ya tambien la adoro.
¿Y se llama?
ENRIQ. Margarita.
VÍCTOR. Y á ese sér de cútis blanco
y de cabello tan rojo,

dí, ¿la gustaria un cojo?
ENRIQ. No, no, ¡ni siquiera un manco!
Muerto por aquel cañon,
fuera mas feliz mi suerte,
porque me haria la muerte
vivir en su corazon.
VÍCTOR. ¿Piensas ir á verla?
ENRIQ. Quita.
¿Verme yo manco á su lado?
¡Estar despoetizado
delante de Margarita!
¡Con tanto afan y tan bien
mi corazon la adoraba,
que al mismo Werther miraba
con soberano desden!
¡Amar, y estar de esta suerte!
VÍCTOR. Pues, como lisiado estás,
Enrique, tú vivirás,
conozco mucho á la muerte.
En fin, nos hemos batido
por...
ENRIQ. Por nada, ó casi nada.
VÍCTOR. Y hemos hecho una jugada,
en que ambos hemos perdido.
ENRIQ. ¡Qué bien! Llega un aleman,
se bate con un francés,
y ambos quedan sin los piés,
sin las manos, y...
VÍCTOR. Sin pan...
ENRIQ. Dos dias há que no como.
VÍCTOR. ¿No? Pues todo este terreno,

si tienes hambre, está lleno
de carne frita con plomo.

(Mirando á unos árboles.)

¡Ah! Mira lo hermosa que es
la fruta de esos manzanos...

ENRIQ. (Mirando la fruta con ánsia.)
¡Oh! ¡Si yo tuviera manos!

VÍCTOR. ¡Oh! ¡Si yo tuviera piés!
¡Pensamiento salvador!
¿Tienes de ella muchas ganas?

ENRIQ. ¡Muchas!

VÍCTOR. Comerás manzanas,
hulano merodeador.
Tú eres manco, yo soy cojo;
pues bien, te acercas á mí,
te arrodillas, subo en tí,
te alzas, me empino y las cojo.

ENRIQ. Pero es tan extraordinario...

VÍCTOR. Serás, siendo tan estóico,
pobre, encorbado y heróico,
mas grande que Belisario.

ENRIQ. Pero, señor...

VÍCTOR. Ten modestia.
¿Ignoras, gran pecador,
que Nabuco-donosor
por querer ser Dios fué bestia?
Tendrás mas virtud que él tuvo.

ENRIQ. Pero...

VÍCTOR. ¡Subir ó morir!

ENRIQ. Pero...

VÍCTOR. ¡Morir ó subir!

ENRIQ. Pues súbete.

VÍCTOR. (Se va subiendo apoyado sobre uno de los hombros de Enrique.)

Pues me subo.
Alza. Mas...

ENRIQ. Esto horripila.

VÍCTOR. Mas.

ENRIQ. De mi bondad me asombro.

VÍCTOR. Hé aquí un galo sobre el hombro
de un descendiente de Atila.
¿Dónde echaré?.. Voto á san,
(Le quita el casco y echa en él las manzanas.)
en este casco prusiano
que cubre un magin, paisano
del gran filósofo Kant.

ENRIQ. ¿Cómo consiente la tierra
que así de mi orgullo abdique?

VÍCTOR. Estas vergüenzas Enrique,
se las debes á la guerra.

ENRIQ Cierto.

VÍCTOR. Y mejor que este dia
me pagó el emperador,
yo te pagaré el sudor
que sudes por causa mia.

ENRIQ. Mas...

VÍCTOR. Olvida lo que ves
y piensa en lo que verás,
y en qué humillacion tendrás
de esta humillacion despues.
Compañero de dolor,
bájame ya.

ENRIQ. ¿Estás contento?
VÍCTOR. ¡Sí! Tienes gran sufrimiento,
que es el valor del valor.

(Se sientan sobre unas piedras á comer las manzanas.)

Siéntate.—En esta campiña
pondremos al hambre fin,
mientras tu rey dá un festin
á las aves de rapiña.
Feliz tú; con la unidad,
tu gloria, y estas manzanas...
¿No comes? ¿No tienes ganas?...
ENRIQ. ¿Con qué manos?
VÍCTOR. ¡Es verdad!
¿Qué harias, si de comer
no te quisiese yo dar?
ENRIQ. Me tendria que inclinar
como si fuese á pacer.
VÍCTOR. ¡Esa es la gloria!
ENRIQ. ¡Esta es!

(Víctor acerca de cuando en cuando trozos de manzana á la boca de Enrique.)

VÍCTOR. Discutamos como hermanos,
porque has dado tú las manos
y yo he perdido los piés.
ENRIQ. Bismark con gran claridad
nos lo ha dicho no sé dónde.
VÍCTOR. ¡Ah! Pues si lo ha dicho el conde
de seguro no es verdad.
ENRIQ. ¿Es por la orilla del Rhin
por lo que la Francia lidia?

¿O es porque nos tiene envidia?

VÍCTOR. Por todo, ¡voto á Cain!
No sé por qué nos molesta
de la Prusia el poderío,
y el no lindar con un rio
que no vale lo que cuesta.
Todas las madres, que al fin
se irán sin hijos quedando,
harán un rio, llorando,
mas caudaloso que el Rhin.

ENRIQ. Dame más.

VÍCTOR. Tu hambre es canina.

ENRIQ. Dios pague tu buena accion.

VÍCTOR. ¡Cá! Si á mí el buen corazon
es un vicio que me arruina.

ENRIQ. Hasta Sedan os llevó
la nacional ligereza...

VÍCTOR. Fué la nacional tristeza
que nos causa Waterló.

ENRIQ. Siento que la suerte infiel...

VÍCTOR. ¿Quién podia calcular
que habia de hacer Bismark
de la Alemania un cuartel?
A un número tan horrible
yo os hubiera dicho:—«entrad»—
sois tantos, que es necedad
luchar contra lo imposible.
Viendo llegar los aliados,
un soldado en Waterló,
tiró el fusil, se sentó,
y dijo:—«¡Son demasiados!»—

¿Cómo ha podido sacar
de entre sábios alemanes
todo un millon de jayanes
el gran canciller Bismark?
Todo con gente lo allana;
y Molke usa en su ambicion,
la táctica del cañon;
fuego contra carne humana.
Ya no hay ciencia militar:
quien consigue la victoria
no es el génio de la gloria,
es la *industria de matar*.
¿Es así como vencia,
de astucia y constancia lleno,
Aníbal en Trasimeno
y el español en Pavía?

ENRIQ. Siempre la guerra es febril...
VÍCTOR. Es una guerra de locos.
ENRIQ. ¿Cuántos van muertos?
VÍCTOR. Muy pocos:
van ¡unos trescientos mil!—
Cierto es que con arrogancia
Francia aspiró á serlo todo;
mas Dios pensó de otro modo,
y Dios puede mas que Francia.
Mas tratarla hasta ese extremo
de rábia y de vanidad,
es una ferocidad
digna de un miedo supremo.
Tratándonos á lo moro,
dejan nuestro imperio yermo:

ya es hoy para el rey Guillermo
el cetro un garrote de oro.
Mas es tu rey poco sábio
cuando ignora que, en el mundo,
hay un abismo profundo
entre la copa y el lábio.
Pagó el otro su ambicion;
pagará este su codicia:
siempre tras de la injusticia
camina la perdicion.

ENRIQ. Esos guerreros impíos
sin duda en su furia insana,
piensan que la sangre humana
la llevan fresca los rios.

VICTOR. Lógica de esos señores:
un rey que todo lo arrasa,
piensa que por donde pasa
deja un reguero de flores.

ENRIQ. De tí y de mí ¿qué memoria
quedará, cuando algun dia
sea esta carnicería
una hermosura en la historia?

VÍCTOR. Lo que nos trajo á morir
solo nos tiene guardado,
tras la noche del pasado,
la noche del porvenir.
Oye: cae un hombre al mar,
llama, grita, nadie escucha,
baja, sube, lucha y lucha,
y mira el buque marchar;
y del buque en que marchaba

ninguno mira hácia atrás,
y él lucha más, lucha más,
se hunde, se hunde, y todo acaba.
Tú ves el buque marchando,
y mientras te vas hundiendo,
tu Bismark sigue no viendo,
tu rey sigue no escuchando.
Y despues que te han traido
á tan sangrienta victoria,
ellos tendrán mucha gloria,
y tú tendrás mucho olvido.

ENRIQ. ¡Verdad!

VÍCTOR. ¡Vaya si es verdad!

ENRIQ. Y hoy ¿qué haremos? ¡Infelices!

VICTOR. ¿Que qué haremos hoy, me dices,
alma sin profundidad?
Vén, vén, ponte aquí delante.

(Victor se levanta echando un brazo al hombro de Enrique.)

Voy á ser, de tí cogido,
como San Ignacio herido,
un apóstol militante.
¡Qué espectáculo tan bello
dará al mundo nuestra union!
¡Hermosas muletas son
mi chassepot y tu cuello!

(Se apoya Víctor con un brazo en el cuello de Enrique: con el otro brazo se apoya en la culata del fusil convertido en muleta, y se adelantan hácia el proscenio.)

Limosna á estos dos amigos

pedir nos verá la tierra;
y maldecirá la guerra
que de héroes hace mendigos.
Con voz, por el llanto ahogada,
probaremos á la historia
que es una infamia la gloria,
y más, la más celebrada.
Que pone esa gloria altiva
el robo sobre el trabajo.
Que está la ley de aquí abajo
sobre la ley de allá arriba:
el grande sobre las leyes;
sobre el grande la privanza;
sobre los pueblos la holganza;
los pueblos sobre los reyes;
sobre los pueblos la guerra;
sobre la guerra los duelos,
y, lo que es más triste, ¡oh cielos!
los tontos sobre la tierra.
¿Qué hemos de hacer por el mundo
pregunta, Enrique, tu afan?
Eres, cual sábio aleman,
iuútilmente profundo.
Cantando iremos los lances
de esta espantosa jornada,
que, aunque yo no sé hacer nada,
sé hacer muy buenos romances.
Siendo uno de otro el sostén,
apelaremos al ruego
cantando coplas de ciego,
como dos ciegos que ven.

¡Ay! Y despues de pasar
por muchos desasosiegos,
tambien quedaremos ciegos
de vernos y de llorar.
Verás, ¡verás qué enseñanza
ven brotar de nuestros lábios!
¡Porque todos somos sábios
en perdiendo la esperanza!
A un aleman y á un francés
verá el mundo hacerse hermanos.
Tú comerás con mis manos,
y yo andaré con tus piés.
Al vernos en paz y unidos,
verán, mirando á los dos,
que no hay delante de Dios
vencedores ni vencidos.
Tú dolorido, yo enfermo,
¿quién nos negará su pan?
hasta—«¡id con Dios!»—nos dirán
Napoleon y el rey Guillermo.
¿Hay quien niegue cosa alguna
cuando la pide un tullido
en nombre del que ha escogido
un pesebre para cuna?
Y hasta las gentes extrañas,
si no por nuestras heridas,
nos darán por las queridas
madres de nuestras entrañas!...
Que mientras tu amor y el mio
por ellas irán pidiendo,
tal vez se estarán muriendo

de horror, de miseria ó frio!

ENRIQ. ¡Madre de mi corazon!
¡Cómo lloro al recordar
que mis manos, al marchar,
besó con adoracion!
(Pausa.)

VÍCTOR. ¿Enrique?

ENRIQ. ¿Qué?

VÍCTOR. ¿Lloras?

ENRIQ. Sí.

VÍCTOR. ¡Ay, yo tambien! Tú ¿por quién?

ENRIQ. Por mi madre.

VICTOR. ¡Yo tambien!
¡Ay de ellas, de tí y de mí!

ENRIQ. No lo puedo remediar;
pensando en la madre mia,
creo que reventaria
si no rompiese á llorar.

VICTOR. ¡Llorar un héroe! ¿Estás loco?

ENRIQ. Me enternece su memoria.

VÍCTOR. ¿No te consuela la gloria?

ENRIQ. A mí, no; y ¿á tí?

VÍCTOR. ¡Tampoco!
(Víctor saca un pañuelo, se enjuga sus lágrimas y despues las de Enrique.)
¿Enrique? ¿Enrique?

ENRIQ. ¿Qué es?

VÍCTOR. ¿Pudieras nunca pensar
que te viniese á enjugar
las lágrimas un francés?

ENRIQ. Perdona, Víctor.

VÍCTOR. ¡Los dos
perdonemos nuestro encono,
porque al llegar á su trono
nos perdone á entrambos Dios!

(Se aumenta de repente el ruido de la batalla.)

ENRIQ. ¡Qué horrible matanza!
VÍCTOR. ¿Ves?
esos son nuestros hermanos.
ENRIQ. ¡Cuántos quedarán sin manos!
VÍCTOR. ¡Cuántos quedarán sin piés!
ENRIQ. ¡Qué horror!
VÍCTOR. Pues hablando de eso
dirá la posteridad,
que es esa barbaridad
una etapa del progreso.
ENRIQ. ¡Por nuestros pobres hermanos
volvamos á Dios los ojos!
VÍCTOR. Enrique, ponte de hinojos,
que yo cruzaré las manos.

(Enrique se arrodilla y Victor pone las manos en cruz apoyando un codo sobre el hombro de Enrique.)

¡Dios, justamente irritado,
pon término á esta jornada,
por la tierra ensangrentada
y por el cielo ultrajado!
¡Venga á nosotros, Señor,
aquel que á este mundo trajo
la justicia y el trabajo,
la fé, la paz y el amor!
¡Héroe humilde de Belen,

purga de mónstruos la tierra,
y líbranos de la guerra
por siempre jamás!

ENRIQ. ¡Amen!
